

Media; con su derecho divino por toda creencia política; con su misticismo semi-panteísta, y semi-católico por toda filosofía; dado á las ciencias y á las artes, pero tomándolas como magas y hadas que pudieran resucitar una sociedad como la imaginada en sus ensueños; protestante y restaurador de la catedral de Colonia; descendiente de Federico II, y acariciando la intolerancia en las mismas Universidades donde prendió la llama del pensamiento libre; llamado por el ministerio de su raza á fundar la unidad alemana, y cortesano del Austria; su exaltación religiosa y monárquica no fué bastante á preservar la monarquía de los asaltos de la revolución moderna ni su menosprecio á la democracia fué bastante á conjurar la tempestad que llevó las ideas revolucionarias al pié de su lecho y de su trono despedazados en aquel diluvio. Así cuando vió que el sentido revolucionario había pasado á ser el sentido general de su tiempo volviéndose loco, y en la locura expiró, acariciando el ideal apagado de una sociedad ya muerta, y sin presentir que su corona lavada con sangre, limpia del barro escupido por la revolución, iba á coronar inmediatamente una idea revolucionaria, la idea de la unidad alemana.

Y la revolución de 1848 pasó de Alemania á Italia, á la tierra de los volcanes.

Las simpatías de todos los italianos se concentraban en el Piamonte, porque en el Piamonte había de nacer la idea de la unidad de Italia con condiciones de vida. Bien pronto, esta aspiración de todos los ánimos penetró en la Toscana, regida á la sazón por un duque; que así rendía pleito-homenaje al emperador de Austria, en circunstancias normales, como huía de su patria avergonzado, cuando la mano de la revolución llamaba á sus puertas.

Esta parte del territorio italiano que había salvado incólume del influjo de la Edad Media la cultura romana, la Toscana, antigua cuna de la civilización del Lacio, fué una de

las primeras provincias que dieron el grito de adhesión al movimiento nacional, iniciado por el Piamonte. La prensa había ya tomado la iniciativa en esta revolución anti-dinástica, que hostilizando al Austria, venía á significar claramente los deseos de precipitar de su trono al gran duque Leopoldo II; pero este duque que lo esperaba todo de la protección que el emperador Francisco José le había dispensado en otras ocasiones, empezaba á inquietarse y á no considerar ya efímero el triunfo de la revolución en sus estados. En medio de todo, tranquilizábale la idea de que el Austria contaba con bastantes bayonetas, de cuya fuerza esperaba su salvación en caso de que los acontecimientos le obligasen á abandonar á Toscana. ¡Siempre el despotismo confiando en la fuerza ciega!

En tanto, el pueblo toscano manifestaba en la primavera de 1859 sus deseos de declarar la guerra al Austria y ayudar al Piamonte en la heroica empresa de constituir una patria común, los partidos se unían en unas mismas aspiraciones, que tendían en último resultado á derribar de su trono á Leopoldo II, y hasta el ejército, fraternizando con el paisanaje, daba muestras inequívocas de que no hostilizaría al pueblo por defender á un monarca instrumento de sus cortesanos, juguete de Viena, sombra de la reacción europea.

Un día amaneció la ciudad de Florencia engalanada; en todas las casas se enarboló el pendón tricolor, emblema de la libertad; en los semblantes de todos los florentinos que discurrían por las calles victoreando á la Italia y al que había dado el grito primero de unidad, veíase brillar el júbilo; la satisfacción pública no reconocía límites: y la causa de todo esto era que la noticia de la declaración de guerra del Piamonte se había difundido por toda la Italia con la rapidez del rayo. El gran duque permanecía perplejo sin saber qué partido tomar, esperando como siempre

órdenes de Viena. Las circunstancias apremiaban, y era necesario tomar una resolución pronta. En tal estado, dirigióse al ejército; pero sólo encontró en la fuerza armada una enérgica negativa á descargar sus armas contra los que aspiraban á la unidad de Italia.

Entonces Leopoldo II creyó que no debía perder toda esperanza. La política de concesiones le había producido en otros tiempos maravillosos resultados y había conjurado las tempestades revolucionarias que sobre su corona se condensaban. Fija su mente en esta idea, llamó al caballero Corsini para que le expusiera los deseos del pueblo y del ejército; pero era tarde. Los toscanos exigían nada ménos que una abdicación, fiando poco en la buena fé de Leopoldo II: que no siempre se burla la credulidad de los pueblos con la confesión explícita de lamentables equivocaciones.

Las exigencias del pueblo toscano hicieron desaparecer las últimas sombras de esperanzas que en el ánimo del gran duque se anidaban. Este príncipe reaccionario que se mostraba liberal cuando los vientos soplaban favorables para la libertad y que oprimía á su pueblo, apoyado en el Austria, cuando veía lejos de su frente los rayos de la revolución; este príncipe, que según la frase de un repúblico italiano, había convertido el sistema municipal de Toscana en una *macchina per far denari é non altro*, salió de sus estados en medio de la indiferencia de sus súbditos: castigo digno de todos los reyes que en vez de obedecer al espíritu de los tiempos, se empeñan en servir de obstáculo á la marcha triunfal de la civilización y del progreso.

La atmósfera revolucionaria que sobre toda la Italia se había condensado debía producir sus naturales consecuencias. El ejemplo noble y patriótico de Toscana no tardó en hallar imitadores en los demás ducados, y Francisco V, el duque de Módena, que de

las aulas de los jesuitas había pasado á manejar el cetro, el reyezuelo insolente y ciego, para quien no existían en la sociedad más que deberes hácia Dios y deberes hácia el soberano; aquel que condenaba á los liberales á retirarse al anochecer, y á no ir al teatro, ni á los lugares de reunión pública, y á que no hablasen con personas determinadas; aquel que negaba el ejercicio de la abogacía á un ciudadano, fundándose en que había muchos abogados, y que se oponía á que otro ciudadano fuese pintor porque temía que no fuese pintor perfecto; el reyezuelo que se juzgaba espejo de reyes, y que en su ridículo orgullo consideraba como menores á todos sus súbditos, Francisco V, decíamos, y la duquesa de Parma, que á cada nueva revolución había opuesto mayor lujo de despotismo, viéronse también obligados á abandonar sus territorios y á esconder su vergüenza y su ineptitud bajo las banderas de los ejércitos austriacos.

Así murieron para siempre estos remedos de monarquía. Oprimieron á sus pueblos cuando los pueblos no podían resistir, y quisieron conceder libertades cuando los pueblos no podían ni debían esperar. Hé aquí la historia y el fin desastroso de todos los poderes reaccionarios.

Los reyes, pues, se iban de todos los tronos, heridos por las revoluciones. Pio IX que había inaugurado aquella época crítica con sus palabras de libertad, lanzadas desde el asiento altísimo donde radica la autoridad por excelencia, tuvo que huir, oculta la tiara bajo tricorno de cochero, desde el palacio de las oraciones místicas y de las artes plásticas al seno oscurísimo del destierro. El rey Francisco II, heredero de una monarquía absoluta; incierto entre continuar la política de su padre, ó abrir las válvulas de la libertad; temiendo tanto resistir como ceder; engañado por su educación, engañado por sus antiguos y sus modernos servidores; sin comprender hasta donde llegaba el verdadero alcance de

las ideas revolucionarias, y la verdadera pujanza de las fuerzas populares, quiere sostener el trono de Nápoles, y cae al pié de la fortaleza de Gaeta; que un pobre hijo del pueblo, Garibaldi, ha recibido de los cielos el don extraño de vencer y destronar á los semi-dioses, á los hijos de los reyes. Y despues de todas estas tragedias monárquicas; cuando parecia que los demás tronos alcanzaban algun reposo, alguna estabilidad, cae de súbito un rey, puesto por la mano artera de la diplomacia europea sobre la tierra madre de la República clásica; el rey Othon de Grecia, que linfático y frio como un hombre del Norte, macedonio y beocio por su cultura, de aquellos que tanto odiaron y zahirieron los antiguos griegos, aunque aleman por su cuna; monje más que rey, fué á reinar sobre el suelo de las inspiraciones, sobre el santuario de la democracia, sobre el pueblo del heroismo y tuvo que volverse herido, como tantos otros del rayo de la revolucion.

Y cuando se cumplian estas leyes misteriosas, cuando se desplomaban estos tronos altísimos, cuando ofrecia Europa en todas partes la enseñanza de que no tuvieran hogar seguro los reyes en la misma tierra donde habian tenido trono respetado, si no ellos, sus padres, queria la reina Isabel resistir con ceguera, marcar con su corona la espalda de las nuevas generaciones, robarnos la luz y el aire de las ideas, ponernos fuera de la Europa moderna, reducirnos á párias. Y hay en la historia moderna como en la historia antigua, una perfecta solidaridad entre los pueblos. Su espíritu es comun, comunes sus aspiraciones, comunes sus ideas. En esta crisis no podia quedar solitario el trono de un Borbon como árbol de otros tiempos y de otras zonas. Era necesario que cayese. La reina Isabel habia visto en los sucesos del 10 de Abril, una conjuncion de la inteligencia con la fuerza amenazando su trono. Y para conjurar el peligro que columbraba sin comprenderlo, solamente se le ocurrió nombrar un

ministerio presidido por el general O'Donnell. ¿Mas era esto bastante? ¿Calmaba la opinion exacerbada en aquella época de combate? ¿Ponia un dique á las indómitas y tenaces aspiraciones de aquella generacion verdaderamente sobreescitada y verdaderamente revolucionaria?

¿Era posible olvidar lo que el general O'Donnell significaba? Cuando la nacion habia sacudido las dominaciones moderadas; cuando estaba entregada á la elaboracion de sus nuevas leyes; cuando comenzaba una época de mayor libertad, el general O'Donnell interrumpió aquel trabajo con la voz de sus cañones. Desde entonces fué posible la anatematizada Constitucion del 45; la influencia neo-católica; la negra amenaza á la enseñanza pública; el reinado de camarillas insolentes; la centralizacion administrativa que asfixiaba toda vida, y aquel sistema en el cual se perdía toda idea de libertad. Esta fué la primer obra del general O'Donnell. Despues, la reaccion que él empezó, y que el general Narvaez afirmó, fué á recibir de su segundo ministerio la sancion del tiempo. El general O'Donnell sostuvo la reforma del general Narvaez, la Cámara hereditaria, la facultad en la corona de modificar los reglamentos, la dictadura nocedalina sobre la imprenta, que era á un tiempo mismo negacion de la ley fundamental del Estado, é injuria escupida por un neo-católico á la conciencia y á la dignidad moral de nuestra patria.

La verdad es, que el estado de la opinion pública, el crecimiento de las ideas, el entusiasmo de las nuevas generaciones cada dia más apegadas á la libertad, hacian imposible, ya completamente imposible todo ministerio conservador. Nos encontrábamos en situacion muy semejante á la situacion de 1835. Como entonces, aparecia que las concesiones bajaban de la córte. Como entonces, una idea más alta, más ambiciosa que estas concesiones, embargaba el ánimo del país. Como entonces, parecían mezquinas las concesiones hechas á

la prensa y al cuerpo electoral; artificiales y sin vida los Cuerpos colegisladores; esclavos los comicios; nulas y tardías las reformas; reaccionario el gobierno delante del espíritu altivo del país. Entonces teníamos el Estatuto que los moderados consideraban como una grande norma de política, y que la nacion consideraba como una estrecha cárcel. Y por fin, vino un dia, y la nacion se burló de aquellas concesiones inútiles, de aquellas reformas estrechas, de aquella libertad que parecia un don cuando debe ser un derecho, y entre el polvo del combate, proclamó la Constitucion democrática de 1812, y convocó unas Córtes Constituyentes.

¿Era posible á la sazón un ministerio conservador? ¿Era posible lo que no fué posible en 1836? No, mil veces no. El partido conservador ensayó todos los medios de transaccion entre la autoridad y la libertad, y todos le salieron vanos, todos fallidos; y no teniendo ya más medios que ensayar estaba perdido. Aquel era su último dia, era su última hora. Su destino se asemejaba al destino del general Narvaez; su horóscopo podia leerse en la historia del gobierno que habia sucumbido. No tuvo nunca el partido moderado un ministerio tan fuerte y tan poderoso como el ministerio del general Narvaez. Pocas, muy pocas veces abrigara un ministerio propósitos más firmes de ser liberal. Encontró unas Córtes desacreditadas y las disolvió; encontró una prensa entregada á los consejos de guerra y la emancipó. Pero ¡ah! que habia dos elementos con los cuales no podia luchar; no podia luchar con el espíritu neo-católico que reinaba en las altas regiones, y el espíritu revolucionario que reinaba en el corazon del pueblo. Hé ahí los dos insuperables obstáculos. Si el general O'Donnell hubiera podido vencerlos, durara mucho tiempo.

Pero ¿tenia autoridad para vencer el espíritu neo-católico? No. El neo-catolicismo lo inficionó con su venenoso aliento, lo tuvo

como magnetizado; le hizo quemar los libros racionalistas y desenterrar los cadáveres liberales; le inspiró la crueldad de Loja y la fundacion de los presidios de Fernando Póo; le incitó á negar el dogma de la soberania nacional, y despues, para que todo el país lo viera su esclavo, le forzó á llevar pálidos cirios en procesiones que recordaban los tiempos de Carlos II, y prometian el renacimiento de escenas como las célebres de la beata Clara. ¡Conjunto de hechos que daban aspecto repugnante á la union liberal, por lo mismo que no podia excusarlos ni siquiera el fanatismo por una creencia!

Acaso ¿este ciego espíritu neo-católico iba á ceder entonces? Se engañaba, completamente se engañaba el gobierno cuando tal creia.

Ese espíritu neo-católico es cobarde, es artero; se para en apariencias, pero en realidad camina siempre; se calla por un momento, pero así que encuentra ocasion, hiere y mata á sus enemigos.

Y así como no podia vencer el espíritu neo-católico arriba, no podia vencer el altivo espíritu revolucionario abajo. ¿Para qué queria el concurso legal de los partidos liberales? El general O'Donnell los habia perseguido, los habia aniquilado. Los partidos liberales sabian que sobre ellos pesaba un anatema eterno; los partidos liberales no podian renunciar á su único ideal, á su única esperanza. ¿Cómo habia de ser para ellos una satisfaccion el gobierno del general O'Donnell? Ellos pedian más; tenían derecho á más que á esas tardías concesiones. Ellos querian la libertad de asociacion, la libertad de enseñanza, la estension del sufragio, la descentralizacion administrativa, la muerte de esa permanente influencia neo-católica que nos degradaba; en fin, algo que un ministerio conservador no podia conceder sin suicidarse. No pudiendo el gobierno O'Donnell reprimir el espíritu neo-católico arriba, ni el espíritu revolucionario abajo, estaba destinado

á caer herido, incapacitado; dejando tal vez en pos de sí un reguero de sangre, porque toda transacción era ya tardía, porque en aquel momento eran imposibles los gobiernos conservadores: que sólo tenía vida la libertad.

Apenas nació el ministerio del general O'Donnell, cuando estuvo ya en crisis. Los que le creían eterno veían cuánto tiempo duraba su eternidad; los que le creían fuerte veían cuánta intensidad alcanzaba su fuerza. El ministerio encontraba esos obstáculos ya tradicionales; pasaba por esas crisis ya permanentes, porque había tenido, siquiera con el fin de desarmar á los partidos liberales, la tendencia á reconocer el reino de Italia. Este propósito en el estado presente no era una concesión; era una necesidad. O España había de ser la China de Europa, ó España había de reconocer el reino de Italia, aunque lo haya maldecido la excomunión del Papa, y lo haya consagrado el sufragio universal, y lo haya servido la espada de Garibaldi. Nuestro nombre, nuestros intereses mercantiles y políticos, nuestro sistema constitucional, nuestra raza de noble prosapia latina, nuestra posición geográfica que nos arroja en brazos de las penínsulas mediterráneas, todo cuanto somos, todo cuanto valemos, estaba pidiendo á grito herido el reconocimiento de Italia.

Hacia seis años á la sazón que se consumara la revolución italiana. El pueblo esclavo arrojó en el Norte la dominación de los austriacos, arrojó en el Mediodía la tiranía de los Bombas, arrojó en el centro el imperio de la teocracia. Sólo quedaron Roma y Venecia como los dos últimos eslabones de la cadena que pesa sobre Italia, el Prometeo de las naciones. La revolución elevó el sufragio universal á norma del derecho europeo. Era la aparición de Italia, un cambio en la política, una luz en la historia, una nueva vida en la sociedad. La fé de Mazzini, la prudencia de Ricasoli, el inmenso talento político de Ca-

vour, el heroísmo de Garibaldi, la poesía y la elocuencia de Montanelli y de Guerazzi serán siempre, no solamente la gloria de Italia, sino también nuestra propia gloria. A esta revolución grandiosa por el génio, por la poesía, por el heroísmo, por la prudencia se debió que Italia dejara de ser una mera expresión geográfica para convertirse en un pueblo. El mundo entero se asombró, y aplaudió. El mundo entero reconoció á Italia.

El mundo entero no; aquí estaba España que no la había reconocido. En vano la opinión se irritó contra este aislamiento del pueblo español; en vano clamó porque fuéramos una nación europea; el reino de Italia no era reconocido. Sucediase un ministerio á otro ministerio; una situación á otra situación, y el reino de Italia no era reconocido. Números fatal separaba á dos naciones nacidas para ser hermanas, y más cuando animaba á Italia la libertad. Pero, por fin, según promesas solemnes, el reconocimiento del reino de Italia se iba á realizar. En el momento mismo en que esto se anunciara, la prensa neo-católica se subleva. Oyese por todas partes y en todas direcciones un clamoreo infinito que llena los aires. Periódico neo-católico hubo que dijo que si el reino de Italia era reconocido, se creería desligado de todo juramento y dispuesto á negar la obediencia al gobierno. A este paso, por aquella teoría antigua del tiranicidio, teoría tan jesuítica, sería necesario que algún Jacobo Clemente de nuevo cuño afilase su puñal y lo clavara en el primero que quisiera reconocer el reino de Italia. Y en efecto, *La Regeneración*, el más vivaz é impresionable de los periódicos neo-católicos, dijo al saber la noticia del reconocimiento del reino de Italia: mañana cae el gabinete. *El Gobierno*, periódico inspirado por el Nuncio, dijo que no se realizaría el reconocimiento del reino de Italia. Y en efecto, al dar este primer paso, el ministerio se encontró con un primer obstáculo.

Se aseguraba que el Nuncio había pedido

sus pasaportes. Es decir, que el embajador de una nación extranjera, de un monarca extranjero, se mezclaba en nuestra política, y quería á su antojo regirla. Un Nuncio no se atreviera á hacer tal cosa en los tiempos más oprobiosos de la Edad Media. Pedro el Grande de Aragón lo hubiera hecho perseguir por sus almogavares; Pedro el Cruel de Castilla lo hubiera hecho ahorcar por sus verdugos; San Fernando lo hubiera desterrado. ¿Quién era el Nuncio para mezclarse en nuestra vida interior, en nuestras instituciones, en nuestras leyes, en los actos del gobierno? El gobierno español es de los españoles, y no tiene que dar cuenta de sus actos á ningún monarca extranjero, ni á ningún embajador extranjero. Se hablaba del arzobispo de Burgos, que influía; se hablaba del arzobispo de Toledo; y hasta se decía que el Nuncio amenazaba con irse acompañado de todos los obispos. ¿Cedería el gobierno del general O'Donnell ante esta conjuración teocrática? ¿Se doblegará á los obstáculos tradicionales? preguntaba todo el mundo. *La Política*, periódico ministerial de grande y verdadera significación, decía lo siguiente:

«Hoy se ha echado á volar la especie de que el Nuncio de Su Santidad podría pedir sus pasaportes á consecuencia de la actitud del nuevo gabinete respecto de Italia, y en la cuestión de desamortización, añadiéndose que para ello se agitan ciertos elementos teocráticos...»

«Se nos asegura que todos estos rumores son completamente gratuitos, y así lo creemos.»

«Sin embargo, ya que de esto se habla, debamos consignar nuestra opinión de que el actual gabinete no se arredrará ante obstáculos de la naturaleza indicada, y que antes que someterse ó detenerse ante las tendencias que está llamado á combatir, sabría trocar el ejercicio del poder por el aplauso de la opinión pública.»

«¡Adelante!»

En efecto, inmediatamente la reacción echó sus primeros emisarios al Congreso. El señor Mendez Alvaro fué el encargado de representarla. Su Señoría estaba asustado, no sabía lo que le pasaba. ¡El reconocimiento del reino de Italia! El Sr. Mendez Alvaro, médico ilustre que acababa de perder el glorioso destino concedido por el Gobierno en el matadero, se asustaba de que Italia fuera reconocida; de que se aflojaran los lazos que ataban á la prensa; de que se proclamara el libre examen; de que los catedráticos pudieran enseñar desde sus cátedras aquellos principios que les dictase su conciencia.

El Sr. Posada Herrera, en un discurso de mucha significación política, dijo: 1.º que el gobierno estaba dispuesto á sostener el reconocimiento del reino de Italia; 2.º que deseaba aflojar las ligaduras de la ley de imprenta; 3.º que no podía, que no debía oponerse á que los catedráticos ejercieran libremente el derecho de examen. D. Cándido Nocedal miraba con aviesos ojos al Sr. Posada Herrera, como deseando que se perdiera por aquellos espacios de la libertad de conciencia, y del libre examen, para ver si le era posible sacrificarlo. Bueno fué, correcto el discurso del Sr. Posada Herrera, é intencionado, sobre todo, cuando dijo que el Sr. Mendez Alvaro profesaba una ciencia cuyas bases cardinales eran completamente opuestas al dogma católico, y cuando añadió que estaba resuelto á retirarse si encontraba el menor obstáculo.

¡Obstáculos inmensos, insuperables, había de encontrar, á la verdad, el mismo Sr. Posada Herrera, con ser moderado antiguo; obstáculos había de encontrar si el partido neo-católico se empeñaba en no ser su cortesano, ó el señor Posada Herrera se empeñaba en prescindir del neo-catolicismo! La reacción, la reacción, era poderosa. Lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: la reacción parecía, á la sazón adormecida; pero iba á despertarse. ¿Y la unión liberal tendría fuerza? ¡Oh! No, no tenía fuerza. Para vencer la reacción se ne-